

Mitos y permanencia de Efraín Barquero

Jaime Concha señalaba hace algunos años a propósito de *La Piedra del pueblo*, el primer libro de Efraín Barquero publicado en 1954, que era un texto que se componía de la unión de dos sustancias elementales: la tierra y el fuego. Y luego se detenía en su capacidad de evocar los objetos, de trasmutarlos en material social, en el territorio fundamental del ser social del hombre. Describía luego su desarrollo hacia la intrahistoria conyugal en *La compañera* de 1956, donde la mujer es el puente hacia la revelación del propio origen familiar. *Enjambre* de 1959 y *El pan del hombre* de 1960 acentúan esta búsqueda interna y externa, por medio de la cual símbolos y realidades conforman un solo signo unitario en donde se realiza la unión familiar que es al mismo tiempo la fundación de la unidad de la colectividad. A través de los objetos cotidianos convertidos en elementos ancestrales y rituales de una costumbre perdida en la noche de los tiempos, la poesía de Barquero une el gesto de la fraternidad familiar con la reconstrucción de un movimiento cósmico que convierte a la piedra, a la tierra, al agua, al fuego, al pan y a la compañera en el signo más evidente de la humanidad perdida junto con la naturaleza. En el libro *Regreso* de 1961, el círculo concéntrico que se aleja de las materias básicas hacia concepciones más arquetípicas y metafísicas encuentra su punto de llegada más profundo, enfatizando el sentido de la vida como un ciclo que se regenera permanentemente en la naturaleza y los descendientes.

La poesía de Barquero ha perseguido con fe creadora ese reencuentro entre naturaleza e historia humana, a través de la preservación de unos cuantos elementos ancestrales: aire, fuego, tierra, agua, sangre, piedra, así como también de algunas materias que expresan la solidaridad humana: el pan, el vino, el cuchillo, la abeja y el enjambre, la casa, la siembra, la puerta. La obra de que ahora hablamos *La mesa de la tierra* (LOM Ediciones) parece haber decantado en un equilibrio textual y temático que incorpora la mayor parte de los elementos que aparecían en sus otros libros, recuperando una vez más los mitos primigenios y la permanencia del hombre en la naturaleza, sin olvidar el 'fuego humano'. Algo esencial va a surgir de estos poemas que poetizan la trascendencia de los actos, de los vínculos humanos, de los gestos cotidianos, en una búsqueda que aunque solitaria y desesperada es también solidaria y se ilusiona con cualquier gesto pasajero que recobre la dimensión fraternal del hombre, antes de fragmentarse en el 'doble pliego de la muerte'.

La mesa es el símbolo de la continuidad de la especie y por lo tanto de la pertenencia del arraigo. La mesa está ligada a la memoria, es el recuerdo de los antepasados, pero también representa el rito del reencuentro en la solidaridad de la disposición a compartir con los otros.

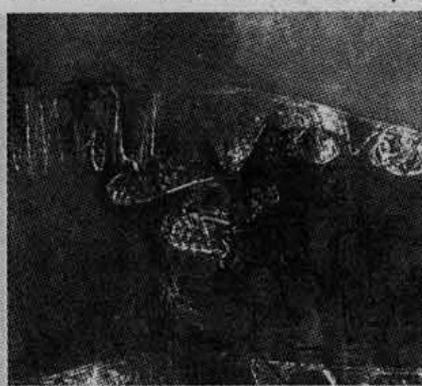
El primer poema "*La mesa servida*"

indica el tono del libro. Todo gira en torno a la mesa servida que es también la tierra dispuesta para el hombre y cuya creación se extiende a los tiempos de la edad humana para repetir el rito ancestral de la comunión.

En el poema "*El idioma de todos*" el visitante que llega a la casa en la oscuridad de la noche es alumbrado por la lámpara de su anfitrión y esa luz es como la chispa que despierta la memoria y trae los recuerdos del hogar, pero además lo enfrenta con 'el misterio de ser hombre': "El extraño vio esa luz muy lejos, dentro de sí, porque se acordó del horno de barro de su casa". Aquí el símbolo elemental del encuentro es esa luz que ilumina ahora y entonces y que permite recuperar los gestos olvidados del calor humano. De nuevo lo cotidiano se hace esencial: lámpara, puerta, casa, tierra, pan, recobran su rol epifánico para dramatizar un escenario cósmico en que dos seres humanos repiten un gesto ancestral de fraternidad: "Y ambos se miraron en silencio / sin saber quien es el visitante, quien es el visitado, / con esa luz de los que creen en el hombre".

En "*Trueque sagrado*" percibimos otro ritual de la convivencia humana, el del trueque y del intercambio de alimentos como acto litúrgico primordial. Se trata de un relato que va señalando paso a paso las acciones de un trueque que lentamente se convierte en un intercambio espiritual en que las materias intercambiadas (sal, aceite, cuchillo, pan) adquieren significados esenciales. Poco a poco los poemas van estableciendo sus propias vinculaciones interiores como si giraran en torno a un vórtice invisible que se expandiera hasta el infinito y en él cada texto fuera una inflexión que agranda el círculo y perspectiviza lo esencial (la mesa, la tierra, el encuentro) desde múltiples haces.

Pienso que Efraín Barquero confirma en este nuevo libro su actual relevancia como poeta de Chile y el continente. *La mesa de la tierra* recupera sus grandes símbolos, buscando ahora un equilibrio entre la realidad cotidiana y la mítica, entre la finitud y el acto humano que se desvanece a cada minuto y la trascendencia de esa misma cotidianidad que se esencializa en cada momento. Es tal vez el poema "*El cuchillo enterrado*" con que inicia la segunda sección del libro, el que mejor refleja esta función rearticuladora que la poesía de Barquero tiene con los mitos. Ya el cuchillo aparecía como un objeto-símbolo relevante en los primeros poemas. El cuchillo parece ser el puente entre la vida



La mesa de la tierra

EFRAÍN BARQUERO



(el alimento) y la muerte-sacrificio-regeneración (la sangre). Pero también el cuchillo clavado en el centro de la mesa-tierra representa la detención del tiempo, el momento luminoso del tiempo sagrado cuando ocurren los acontecimientos primordiales de acuerdo a los mitos ancestrales. Y es por eso que frente al cuchillo afloran el recuerdo y la memoria y se produce el arraigo que es la articulación del tiempo del origen con el momento presente.

El cuchillo en la mesa, en el pan, en la piel. Todo se junta en un ritual que repite el acto esencial del sacrificio, de la traición, del martirio. Todo se repite una y otra vez, como un rito sagrado al que no está ajeno tampoco el perdón, según se desprende del énfasis cristológico que Barquero le da al poema:

"Dispone doce copas en la mesa y las llena de vino hasta los bordes. Después las quiebra contra el techo. Y se queda inmóvil aguardando con los ojos cerrados".

Creo que este poema resume en forma magistral una de las vertientes más obsesivas de la poesía de Barquero: la de la fraternidad del sacrificio humano como respuesta a su separación de la naturaleza y a la soledad de su historia. Todos los actos son liturgia sagrada, repetidos y únicos, porque representan el eterno retorno de la integración humana ya se trate de un racimo de uvas, una relación amorosa, el pan y el vino ofrecidos, una mujer dormida o amamantando a su hijo. Esta liturgia invisible de nuestros actos más inocentes se transforma en la escritura de Barquero en el gesto voluntarioso de un ser humano condenado a purificar su condición degradada en una naturaleza que, en sus textos, es la verdadera esencia de la humanidad, y en un permanente reencuentro con los otros, porque sigue siendo "un hombre meditando en el misterio de estar vivo ●"